La gran sequedad
V. Ribakov



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Fue llegando lentamente la tarde, una de las diáfanas y serenas tardes de Sola. En la superficie del vasto mar, revuelto y opaco, que se extendía a trescientos metros debajo de nosotros, destellaron cegadores reflejos. Entorné los ojos y alcé la vista hasta el enorme disco Mu, que pendía sobre el horizonte algo combado e hirviente. Nos iríamos en vuelo al otro día. Sí, nos iríamos. Yo estaba de pie ante la pared transparente del despacho y simplemente miraba por ella.

Detrás de mí, casi sin ruido, se abrió la puerta. Esperé un segundo y pregunté:

-¿Qué hay?

Unas piernas pesadas se arrastraron hasta la mesa e, instantes después, una voz muerta de cansancio pidió:

-Envíeme otro café al despacho...

Me volví.

Ya había inundado el sillón con toda su corpulencia, estaba encorvado y tenía caídas las mejillas, de color canela. Dejó suspendida la mesa su mano temblante, en ademán de espera.

Una chispa se arrastró rumorosa por la mesa, y una taza grande, humeando aromáticamente, surgió justo en el sitio donde era esperada. Pero su mano continuó inmóvil, como si él se hubiera olvidado del café y hasta de ella misma.

Sí, recordé otra vez, él confiaba en que yo me hubiese equivocado. Entonces todo habría sido fácil. Durante tres semanas, desde el primer día de su estancia en Sola, cuando por mí se enteró de lo ocurrido, creyó, esperanzado, en mi supuesto error. No obstante, a medida que efectuaba la inspección, iba ahuyentando más y más de sí esta esperanza, procuraba deshacerlo y no fijar la atención en ella. Sin embargo, no podía lograrlo...

-Todo es así -reconoció.

No reaccioné. Ya se habían desvanecido todas las esperanzas.

-El período de la biolización probable -dijo con desgana-... Habida cuenta de la fertilización mutagénica... es del orden de la edad del Universo.

Me volví hacia la pared transparente. El disco Mu se había hinchado y vuelto rojo; las aguzadas cuchillas de las nubes lo descosieron en tres pedazos -cascos del cataclismo, trozos del mundo-, que fueron desplomándose en el mar llameante.

Es cosa de risa, me vino a la mente. No hará más de dos siglos que la humanidad albergada en la Tierra estaba segura de que ella no era la única existente. Pero la creación de medios supraespeciales de comunicación bastó para que se convenciera de lo contrario... para comprender que, quizá, no hubiese, en general, más que una vida, exclusiva, única...

-La Delta T -aclaré- vendrá a tener de cuarenta y siete a cincuenta millones de años.

Cabeceó.

-A mí me han salido sesenta...

Me encogí de hombros.

-Bueno, esto no tiene importancia, sí, ya no la tiene...

-¿Has calculado el plazo, de liquidación de la nube protectora?

-Pues no. Por falta de tiempo. Sólo hice eso... ¿Y tú?

-A igual tensión de recursos, no menos de cincuenta años -afirmé.

-Eso ya carece de sentido.

Callamos. Sí, me dije para mí, hemos dedicado treinta años a establecer el sistema de protección. A más no podían llegar las fuerzas de la humanidad. Esto constituye

la tensión y el ritmo máximos, y hemos podido realizarlo únicamente porque teníamos fe. Hemos conseguido crear la cobertura de protección en el plazo que correspondía, tres meses antes del encuentro de Sola con la emanación lanzada desde el Núcleo, y ahora veintisiete mil millones de personas están firmemente convencidas de que han salvado este planeta. Con lo cual creen que se han salvado ellas mismas y sus descendientes, quienes, al fin, dejarían de vivir solitarios en el Universo.

-Es extraño -expresó de pronto-. Dijérese que se ha creado un vacío... que ha desaparecido el alma o el resorte principal... y ahora ocurre algo incomprensible. Sabes, es de suponer que a todos les invada esta misma sensación...

-Seguramente -coincidí con él-. Y eso es lo peor.

-¿Tú crees?

-Sí. A un descalabro semejante sigue inevitablemente un período de indiferencia.

-Siempre sabes todo con antelación...

Éramos amigos desde la niñez. Justamente por eso a él le designaron para el vuelo a Sola. Habíase convertido en una tradición no escrita que cuando cualquier inspector incurría en un error, cometía una torpeza o, simplemente, si algo resultaba incomprensible, se enviaba en misión de control a un amigo suyo, pues una persona ajena podría mostrarse indulgente con él, en tanto que un amigo sería incapaz de humillarle.

Con los puños apretados contra las mejillas empezó a mover lentamente la cabeza.

-El polvo se ha extendido por centenares de millares de astrounidades cúbicas. Imposible recogerlo...

-No te mortifiques -le respondí-. Mientras hacías la comprobación yo no me quedé cruzado de brazos...

-¿Has tanteado? -por primera vez me miró a la cara.

Asentí con la cabeza.

-Cabe intentar el lanzamiento de la emanación a través de la pantalla que hemos establecido y por conducto de los canales supraespaciales orientados hacia Sola...

-Pero esto supondría ya...

-Según mis cálculos, en principio es posible. Mas necesitaríamos en esta zona de la Galaxia un pertrechamiento energético el doble mayor del que dispone toda la humanidad. Podemos imaginarnos una colosal cadena de gravigeneradores que detraerán la vía de la emanación en todo su frente, por lo que debería contornear la nube y, seguidamente, otra cadena análoga la orientaría a volver a Sola, Te diré en secreto que cuando concebí esto creí haber dado con la solución del problema, ya que la emanación podía ser dirigida en pos del planeta, de modo que más pronto o más tarde le daría alcance. Pero la emanación ya había chocado contra la pantalla y está apagándose en ella...

Movió la cabeza, afligido. La sombra gigantesca de su cuerpo, desvaída sobre la pared contraria, también la movió.

-¡Qué absurdo!... -exclamó-. Invertir treinta años, esforzándose a más no poder, para destruir aquello con lo que se soñó desde los tiempos más remotos...

No le contesté. ¿Qué respuesta podía darle? Un punzante vacío angustiaba el alma, sin disminuir ni aumentar, pero palpitante, vivo en ella; el mundo había perdido aquella radiante policromía y veíase despojado de calor; todo había sido anhelado en vano, y ya sólo deseábamos dormir, dejarnos llevar por la corriente que nos conducía abandonados y solitarios por el Universo, de desierto en desierto, con una melancolía infinita, sin esperanza, absurda... Ya no sentíamos dolor. El dolor, que es el acompañante de la lucha, desaparece en el instante que nos hacemos conscientes de nuestra impotencia. Su lugar lo ocupa entonces algo inescrutable, ese punzante vacío.

-Con aquella muchacha, la hija de él... ¿tuviste algo? -me preguntó de repente, con precaución.

-No.

-Pero tú... discúlpame que te pregunte, esto, naturalmente, no está relacionado... Sin embargo...

-Bueno, parece que empecé *a* desear que lo hubiese.

-¿Ves?... lo intuía. En seguida sentí alguna cosa...

-¿Y ella?

No supe qué decir.

-Oye, quería saber... ¿si desde entonces estás solo?

-Es que todo el tiempo... esperaba... que volvería... Mas llega un momento en el que, de golpe, te percatas con asombro de que ya no esperas... ¡Y se acabo!

Desde entonces habían transcurrido algunos años. Después de una inspección, regresé a la plantación hidrocibernética de Bungurán-Besar. Mi casa estaba vacía. Era otoño, una hoja de arce húmeda quedó pegada al cristal de la terraza... Aterricé debajo mismo del arce que ya estaba casi deshojado, triste, con la corteza ennegrecida por la humedad; abrí la portezuela de la gravinave, y en la cabina, a !a par con el aire salado y húmedo, irrumpió la incomparable y dulce, sensación del hogar, el sitio donde siempre, aunque te sientas cansado o incluso estés huraño, eres necesario por ti mismo, y no como un magnífico ejecutor o un inspector de talento, no como un interesante interlocutor o una persona influyente en la Sección de Control de la Comisión de Investigaciones Básicas, adjunta al Soviet, y ni siquiera como un camarada seguro, sino simple y únicamente como hombre. Salté a la blanda tierra y, desabrochándome al paso la cazadora, entré en el zaguán, pisando fuerte para que ella pudiera despertarse, comprender que yo iba a su encuentro, simular que dormía y disponerse a recibirme... Si, de esto hacía ya bastante tiempo. Ignoraba dónde y con quién estaría en el presente... No me dijo ni una sola palabra. Cosas así también suelen suceder...

-Pasaron cinco años, ¿verdad? -me preguntó.

-Sí -le respondí, cansado.

-Eres de hierro... Pero, dime, ¿qué vida estúpida es ésta? Te ves con !u amigo una vez cada cinco años *y,* además, sólo para averiguar si está mezclado en la muerte de un hombre... Todo es ajetreo. Nos apresurarnos, nos apresuramos, pero cuanto más corremos, mayores son las pérdidas. En tres semanas no hemos hablado nada más que... de todo eso...

Yo seguía sin saber cómo se enteró entonces de mi desgracia. Apareció de súbito, la misma tarde de aquel terrible día. Se hallaba en Plutón. Interrumpió e! trabajo y un cuarto de hora antes de que la nave de línea saliera para Fomalhaut entró en la torre de pilotaje y dijo: «Me necesita un hombre», ti viaje fue aplazado, tres mil pasajeros desalojaron los camarotes y por primera vez los motores hiperluminosos fueron utilizados dentro del Sistema solar. Me necesita un hombre... Esta fórmula no figura en ninguna ley u ordenanza, pero desde que se convirtió en una expresión mágica nadie se atrevía a pronunciar ni siquiera frases parecidas a ella, pues su vigor estaba a más altura que el de las ordenanzas y las leyes...

Mas, en efecto, ¿tuve yo entonces necesidad de él? Me irritaba sobremanera, estaba encima de mí constantemente, me exigió que le mostrara todos los parajes donde crecían los hongos, los sitios abundantes en bayas y los mejores lugares para pescar, juró que me visitaría cada verano... Sería una semana después, al seguir con la mirada el punto de su gravinave, que se perdía aceleradamente entre las nubes, cuando comprendí cuánto me había ayudado...

-No importa -le contesté sonriendo-. Tendremos tiempo para charlar.

-Oye... quería preguntarte. ¿Eso lo hizo de seguida... cuando vosotros... inmediatamente después de...?

-No. ¿Es qué no te lo he dicho? Le mostré los cálculos y le expuse mi interpretación del proceso. Todo lo comprobamos juntos, y no encontró ningún error. Esto, claro... le consternó, pero no tanto como para... Estuvimos juntos unas horas más, y... su actitud era normal.

-No fue, pues, un arrebato...

-No lo fue. Era un hombre muy tranquilo, dueño de sí mismo. Y tenía un gran sentido de responsabilidad.

-Se creería culpable...

-Por lo visto. Hacía tiempo que aquí habrían podido comprender la situación, si no les hubieran cegado las anteojeras de su teoría, que lo avasallaba todo... En fin de cuentas, yo me serví de sus estadísticas, ellos tenían todo en sus manos, pero no lograban dar el paso decisivo... Jefe de la escuela, creador de la teoría de la biolización, dirigente científico del proyecto... Fue el primero que firmó el dictamen y la recomendación a Central sobre la necesidad de salvar a Sola...

-¿Y ella?

-¿Quién? -pregunté, pero en el acto le comprendí-. Pues...

-¿Ella también cree que él es culpable? -dijo, tras un momento de silencio.

-No.

-¿Piensa que la culpa es tuya?

-Tampoco.

-¿Has hablado con ella después de... eso?

Volví a oír el grito. Lo oí exactamente igual que entonces, mes *y* medio antes. Regresábamos de ¡a piscina. Yo la acompañaba. Entró a ver a su padre. Aun no había llegado yo hasta el ascensor cuando, de pronto, oí aquel grito en el despacho. Eché a correr, comprendiendo al instante lo que había ocurrido, y me maldije por no haberlo previsto, pues se habría podido, sí, sí, sí, se habría podido adivinar lo que sucedería, sospecharlo, preservar al profesor, no dejar que estuviera solo...

Abrí los puños. Tenía blancos los dedos, y bajo las uñas se extinguía el color amoratado de la pie!.

-¿Informarás tú mismo a Central? -me preguntó.

El vuelo lo había emprendido en cuanto liego a la Tierra mi informe sobre el suicidio de! jefe del Biocentro. Central le envió para efectuar el control, para comprobar mi conducta.

-En Central no saben todo aún, no saben nada.

-Si das tu conformidad... -respondí--. Formalmente, desde el momento de tu llegada he cesado en mis atribuciones.

-Bueno, déjate de pamplinas... No me imagino cómo van a anunciar esto a todo el mundo. Treinta años... Y la gente. ¡Con los hombres que han perecido aquí!

Su hijo mayor había muerto allí mismo, en la Construcción. Hacía dos días que me había enterado de ello. Casualmente se le fue la lengua y se asustó...

En la Construcción habían muerto más de cien personas. Zafarranchos como aquél nunca acaecían sin víctimas. Nos apresurábamos mucho... Pero alcanzamos el objetivo.

-¿Qué ocurrirá?... -dijo lastimosamente-. ¿Qué va a pasar? ¿Para qué vivir ahora? Todos se preguntaran esto... Ni me lo imagino... ¿Quién creerá ya a Centra!? ¿Cómo podrán tener fe en la ciencia v ni siquiera creer unos a otros?

Me encogí de hombros

-¿Quizás haya todavía algunos factores no calculados, que de nuevo acrecienten la probabilidad de la biolización? ¿Quizá aun no conozcamos todo?

-Podría ser, le contesté.

-Mira. el Servicio planea una expedición prolongada a las nubes de Magallanes. . De esto no se habla hoy por hoy, pero poco a poco sea va preparando. Ahora, la preparación irá más, con más intensidad. Pues a lo mejor se logra encontrar algo allí, ¿no?. Al fin y al cabo nuestra Galaxia es muy pequeña...

-Antes de decir el objetivo de la expedición se debería analizar cuáles son precisamente los tipos de galaxia que aseguran por sus propiedades la mayor cantidad de emanaciones biógenas -le interrumpí-. Hacia ellas se debe orientar tu búsqueda. ¿comprendes?

-Comprendo.- asintió lentamente comprendo bastante más de lo que tu quisieras, vejestorio...

La verdad, yo tenía mas de cincuenta años, había vivido ya una tercera parte de la vida. Mas no era esta la clave del asunto.

-Nosotros no hemos destruido nada -abrió los dedos y se llevó a la cara sus manos grandes v atezadas, quedándose mirándolas finamente-. Nada. ¿Acaso si no hubiéramos puesto la pantalla se habría engendrado de seguro la vida . No. Sólo existía un grado de probabilidad bastante considerable. Mas ¿por qué no conociéndose nada a ciencia cierta nos duele así? ¿Por qué? -Alzó el rostro y me miro a los oíos igual que un niño- ¿A qué se debe, pues, tanto vacío *y* dolor? Si bien mirado no ha cambiado nada e incluso en el mejor de los casos nuestro éxito sólo podría apreciarse dentro de medio millón de años... No comprendo.., no puedo comprender esto...

Mirarla producía una impresión penosísima. Cuando un hombre se encontraba en tal estado era imprescindible prestarle ayuda inmediatamente. Ahora bien, ¿cómo? ¿De qué

modo se le podía ayudar? A los bioquímicos no les cabía en la cabeza que ningún sistema solar, aun dándose en él las condiciones óptimas, fuese capa de engendrar vida por sí misma. Los mitos de los hombres de la Antigüedad habían resultado verdades como puños; el planeta era la esposa del Cielo, pero no del Sol, sino justamente del Cielo, de todo el Cosmos, la intuición surtió efecto donde fueron estériles dos milenios y pico de desarrollo de la ciencia.

El cielo de Sola era profundo, de color azul claro y se entenebrecía pronto, sólo sobre el océano brillaba tenuemente su trémulo resplandor amarillo anaranjado. El océano... Millones de siglo estuvo a la espera. Siempre mezclando y enriqueciendo sus aguas, filtrándolas y renovándolas, preparándose para e! momento estelar de !a fecundación...

En el penetrante azul del cielo empezaron a lucir las primeras estrellas. Estrellas muertas.

¡Qué gran desengaño se llevaron los primeros que salieron de los confines del Sistema solar! En Alfa Centauro no había nada. En Tau Ballena tampoco, en Eridani, Cisne, Dragón y Navío Argos, nada, riada... Vacío. Soledad. A la inteligencia humana no le era fácil conformarse con esta sensación de inaguantable soledad experimentada por los veintisiete mil millones de hombres, que al poblar los planetas de los ocho sistemas sidéreos y explorar toda la Galaxia pudieron convencerse de que eran tan sólo ellos quienes los habitaban. Y, de pronto, se descubrió Sola. Cuarenta y dos año:, hacia ya que el Soviet anunciara la aparición de un planeta en el que pronto se repetiría el grandioso enigma del surgimiento de la vida. Lo de menos era la necesidad de que transcurrieran aún muchos siglos hasta que se formara la primera célula, pues ya habíamos vuelto a acariciar la esperanza, ya podríamos dedicar nuestra ternura, criar a la hermana menor que nacía, ser políticos y bondadosos con ella.

El mundo ennegreció en rededor, y fueron desvaneciéndose los ultimes matices cálidos. Frío... Iba a levantar la mirada, pero en el acto bajé los ojos. Sobre nosotros se encendieron deslumbrantes remolinos, formando la imagen de un refulgente revoltijo de las cosas más dispares, que no podían ver más ojos que los de los hombres... De niño me encantaba contemplar las estrellas. Atraían con arrobo la mirada hacia la cautivadora y misteriosa lejanía. Mas esta lejanía estaba muerta, *y* en cuanto crecí lo suficiente para cobrar conciencia del horror de la falta de vida *y* del vacío, dejé de mirar al cielo.

La humanidad había vivido treinta años con la esperanza puesta en la Construcción. Se podía hacer el vuelo hasta Deneb *y* pegar la hebra en la sala de espera con el viajero que estuviese en ella de paso para Betelgeuse *y* preguntarle: «¿Qué tal por allí? ¿Han llevado ya el ochenta y seis?». El hombre contestaría en el acto: «Cómo, ¿no se ha enterado? Ya lo tienen en el sector previsto, y ahora han comenzado la pulverización...» ¡Oh, qué poderosos éramos! ¡Qué capaces y omniscientes! ¡Y qué buen corazón el nuestro! Lo único de que estábamos necesitados era de amigos. Pero la naturaleza nos brindaba una oportunidad: una planeta que se disponía a ser madre de lo vivo.

Y justamente un día después daría a entender que a eso vivo no le estaba predestinado venir al mundo y que el embrión inconcebiblemente tierno, que sólo era todavía una fragilísima esperanza, se quemaría en el claustro materno.

Sí, éramos muy poderosos y sólo deseábamos el bien para todos...

Hacía ya más de cien años que la humanidad perseguía el objetivo de descubrir vida. Nos sentíamos solitarios. Nos parecía tristemente vacío el Universo, donde éramos los únicos dueños.

Por eso, cuando, de golpe, se encontró un minúsculo germen de esa vida, germen que corría el peligro de ser destruido, todo el género humano se alzó en defensa suya.

El sistema de Mu Ofiuco debería pasar a través de una potente emanación corpuscular del Núcleo de la Galaxia. El paso se prolongaría poco más de ciento siete años, lo que no significa nada conforme al criterio de la materia muerta, pero, según la teoría de la biolización de los planetas, la radiación haría que la protovida se incinerase en Sola.

Esto constituía una tarea a la que apenas llegaban las posibilidades y fuerzas humanas.

El amor que vive únicamente dentro de quien ama y no salva ni abriga a los que están fuera es un amor que muere. Se apaga poco a poco y desapercibidamente. Su muerte es fatal, inevitable. Nosotros comprendíamos esto. El amor extinguido desoía más que ninguna otra cosa en el mundo. Nosotros no podíamos permitirnos que se apagara nuestro amor.

-¿Qué ocurrirá ahora? -volví a oírle.

-Hay que cargar los materiales. Y también -me quedé cortado- llevarse el cuerpo del profesor.

-Bueno, mira -recordó-. Ella ha pedido irse con nosotros. Quiere estar con el padre... y cuidarse de él en la Tierra.

-¿La has visto? -le pregunté, despacio.

-Me telefoneó durante el día.

Le había telefoneado a él.

-Pues bien, que vaya -acepté, tranquilo.

-Debes verla. Antes del vuelo.

Dudé.

-Entonces iré allí y le explicaré todo cuanto se refiere a ti.

-No tontees -le advertí.

-Tú responde de ti mismo, que yo... me las arreglaré.

-Haz lo que quieras.

Se calló, otra vez me miró a los ojos y luego se volvió.

-Comprendes -dijo sordamente-, en el momento que todo, completamente todo, se ha venido abajo, como tú mismo lo ves... se quiere salvar lo que sea posible, ¿comprendes? Salvar algo. Esto es muy importante. Todo está concatenado. Sin embargo, tú no haces nada ahora...

-Hago -me justifiqué, sonriendo.

Durante treinta años la humanidad había sido dichosa. Estuvimos engañándonos a nosotros mismos. Todo salió al revés. Ciento veintitrés hombres perdieron la vida más que inútilmente. El objetivo resultó ser algo peor que un espejismo.

Al fin sonó mi hora. La hora del buitre, que acude al lugar de la tragedia y con glacial insistencia aclara quiénes labraban el bien con insuficiente escrupulosidad, soñaban con insuficiente intensidad y amaban con insuficiente cordura. Mi trabajo empezaba cuando la ilusión moría.

Fuimos nosotros quienes dimos la muerte a nuestra ilusión.

Cuando llegué a Sola hacía medio año no se sabía aún nada de eso, Incluso los funcionarios del Biocentro que investigaban los procesos del Océano del planeta no comprendían lo que estaba sucediendo. Las cabezas locas ya habían elaborado proyectos para

acelerar la evolución de la vida en Sola a fin de que allí surgieran animales grandes, y después de ellos, los hombres, no a la vuelta de millones de años, sino al cabo de algunos milenios... Sin embargo, en los informes mensuales del Biocentro desapareció súbitamente el acento de orgullo, sintonía que decidió a la Sección de Control a tornar precauciones.

Sí, todo salió al revés. Precisamente en aquella fase alcanzada la protovida tenia absoluta necesidad de estimulación de energía radiante. Mucho planetas -de memoria podría citar cuatro- en los que se daban todas las condiciones para el surgimiento de la vida (a pesar de lo cual no apareció en ello por razones incomprensibles entonces), llegaron al mismo estado en que se encontraba Sola, pero siguen irremisiblemente muertos porque en el momento necesario no recibieron desde e! exterior la fertilización mutagénica. Quizá en tiempo inmemorial la recibiera nuestra Tierra. Y ahora se nos presentó la insólita suerte de que también lo habría podido recibir el planeta Sola si no hubieran intervenido personas que sólo deseaban hacer el bien.

Y nadie tuvo la culpa. Cosa extraña...

-¿Te acuerdas de aquellos dos muchachos de la clase paralela a la nuestra que intentaron escaparse para ir a la Construcción?

Si les recordaba. Explore para ellos la disposición de las bodegas de la nave en la que decidieron llegar hasta Pintón porque tenia acceso al cosmodromo donde estaba el padre. Yo mismo quise irme con ellos, pero me pilló una pierna la escotilla, cuyo mecanismo automático estaba al descubierto para ser reparado, mas por descuido de los técnicos seguía funcionando. Me fracturó una pierna por debajo de la rodilla. Los muchachos me esperaban a la entrada del pueblo, cuando la veloz ambulancia de socorro, aullando por el carril sanitario de la carretera, paso ante ellos, me las ingenié para echarles por la ventanilla entreabierta el papel arrugado de! plano en que señalaba con la calavera y los fémures cruzados la escotilla estropeada. Lo acababa de dibujar, yaciendo caído sobre el frío suelo en un pasillo oscuro, sin fuerzas, turbada la cabeza por el insufrible dolor...

-Me acuerdo -le dije.

-¿Acaso sea verdad que se podría haber hecho algo?

Nada, pensé. Nada. Si el hombre tiene e! convencimiento cíe que ante él está esfumándose su ilusión, no puede dejar de salvarla. No puede dejar de acudir en ayuda cíe ella. Si pudiera, en el Universo vacío no se sería proscrito, sino dueño. Entonces este problema no se hubiera planteado en modo alguno.

No teníamos alternativa.

-Nada -afirmé,

-Si -contestó, respirando con agobio, cual un niño que se tranquiliza después de llorar-. Esto es una cosa que... comprendes, no cabe en la cabeza, hay en ella algo artificial: haber estado treinta años destruyendo todo esto con toda nuestra energía, destruyéndolo hasta tal punto que incluso no hay nada capaz de hacerlo renacer.

-En mi opinión, el asunto está claro -expresé-. Dentro de quince horas se emprenderá el vuelo. Es preciso cargar los materiales y aparatos para que si allí entra alguna duda se pueda desvanecerla en seguida. Además, hay que traer aquí *a* su hija...

-Sí, pero yo no tenía en cuenta esto. Me refería a todo...

El hombre no puede dejar de ayudar. Aun no estando seguro de que su ayuda puede ser útil. De lo contrario, habríamos perecido ya en las cavernas. La ayuda constituye nuestro modo de existencia. Mientras en nuestro ser aliente lo humano, nos ofreceremos e

impondremos la ayuda unos a oíros. Y ayudaremos a los astros. En seguida se iría él y explicaría tal o cual cosa y diría que soy una buena persona... Porque tampoco él tenía alternativa. Porque la sabiduría de la inacción es infecunda. Todo el que renuncia a la posibilidad de ayuda, por temor a perjudicar con ella, ha dejado de existir, su vida quedó truncada tiempo atrás.

-¡Ah, a todo! -dije, corno si acabara de darme cuenta de algo-. Pues bueno -sonreí-, actuaremos con un poquito más de inteligencia. Ahora con un poquito más. Yo mismo voy a explicarlo en el Soviet -dije-. Y procuraré que me permitan intervenir por la radio universal. El mismo día. Eso será lo mejor de todo. Sin intervalo alguno. Podrían propagarse bulos, y cuando se trata de la muerte de la ilusión lo más abominable es que la gente se entere de ella por los bulos, No hay nada más noble que la ilusión, y la muerte de ella también debe ser noble -me restregué las mejillas con las palmas de las manos-. Lo conseguiré. Tú me ayudarás.

Lo afirmó cabeceando lentamente.

-Así pues, me marcho -anunció.

-Sí, ya lo dijiste -apreté el biocontacto del selector y pedí-: Envíen café aquí.

-¿Vas a trabajar?

-Sí, un rato.

-Ella no te perdonará si no le ayudas ahora.

-Seguramente -dije-. Mas si no me perdona, eso significa que no hay motivo alguno para intentar nada. ¿Verdad que tengo razón?

-La tienes -admitió-, la tienes. Pero tu verdad no convencerá ni a unos ni a otros.

-¡Qué se le va hacer! -me dije.

-Pero, ¿por qué? -su pregunta era desesperada-.

¿Por qué en esta endemoniada vida todo está tan estúpidamente ordenado?

-A esto también te puedo contestar.

--Venga, hazlo.

-Por todo esto -con un ancho ademán abarqué todo el mundo circundante- es mucho más complejo de lo que nos cabe aquí -me golpeé en la frente con los nudillos-. Se puede, claro está, mandar todo al cuerno y no resistirse a la marcha espontánea de las cosas; entonces la vida se hace sin demora lisa y llana. Lo malo es que en ese caso la vida deja de ser humana...

Cabeceó otra vez.

-Pero tú sigues igual... Eres el mismo de siempre... Nada te amilana... ¿Comprendes?... Errores los hubo, los hay y los habrá, es evidente. No obstante yo... Es que, fíjate, cuanto más fuertes y bondadosos nos hacemos, más terribles resultan los errores, precisamente a causa de nuestro poderío. Por lo visto, esto es una ley. ¿Pero es que vamos a estar sometidos a ella a perpetuidad? -la turbación le cortaba la palabra-. ¿Será posible que la magnitud y el sentido trágico de los errores siga creciendo siempre, proporcionalmente... al humanismo de la ilusión y a la pujanza de los medios llamados a convertirla en realidad?...

Calló. Advertí de pronto su respiración entrecortada y profunda.

-No sé si comprenderás esto de la misma manera que yo... ¿Acaso dentro de un siglo, de dos o de un milenio los hombres, al resolver problemas cuya envergadura y magnificencia ni siquiera podemos imaginarnos, se equivocarán también e incluso no como nosotros, sino cien veces más horrorosamente? ¿Es que ellos, de la misma manera, se quitarán la vida por no poder sobreponerse al desengaño? ¿Por ventura se quebrarán de igual modo las relaciones y se desgraciarán los destinos humanos?...

Quise responderle, pero él, temiendo que le interrumpiera, aceleró su discurso, hablando con emoción, algo inarticuladamente y como ahogándose un poco.

-Sí. Lo comprendo -prosiguió-. No se equivoca quien no hace nada efectivamente, pero... A mí me arrebata pensar que la reacción del mundo frente a nuestros errores, lejos de disminuir, será siempre, siempre!, mayor. Y a quienes hagan las cosas mejor, mas limpiamente, con mayor honradez, primor y celo que nosotros... el mundo les fustigará tantas veces más sañudamente cuanto sus ideas sean mas estimables y nobles que las nuestras. ¿Acaso algún día nuestros yerros y nuestra ineptitud, completamente natural y nada malévola, estoy de acuerdo en que es así, pues dimana simplemente del nivel de intelección de todo esto -repitió con torpeza mi amplio ademán... ¿harán estallar los astros? ¿Harán que choquen ¡as galaxias? Hemos perdido el derecho a equivocarnos. A la vez no podemos asegurarnos contra los errores porque nuestra naturaleza nos impide dejar de ir adelante... ¡Qué ocurrirá, pues? ¿No hay verdaderamente otro camino?

Quizá se habría podido contestarle de modo conciliador: por ahora no conocemos otro camino. Pero estas preguntas no deben existir. Nos oprimirían al intentar responder a ellas y si siempre las lleváramos cargadas en el alma. No dejarían trabajar. En todo veríamos la posibilidad de error, y el miedo a cometerlo nos inmovilizaría, nos dejaría paralizados.

-La acción absolutamente infalible -le replique con calma-. Eso es una abstracción, igual, por ejemplo, a la del cuerpo sólido absoluto. El acercamiento a él, como a todo ideal, es asintótico. Mas hay que trabajar, subsanarlos errores, ¡qué diablo!, y no filosofar en balde. Aprovechar cada oportunidad y extraer de las cosas mas insignificantes todo lo posible para elevar nuestra inteligencia por poco que sea. Y sólo así, únicamente así, sin introducir en cada frase la palabra «acaso», lograremos reducir el porcentaje de los errores. ¿Comprendes?

Me volví de espaldas a él, y unos segundos después le oí andar pesadamente hasta la puerta y luego susurró la puerta al cerrarse. A continuación se hizo un profundo silencio.

Me acerqué a la ventana. Ya había anochecido completamente. En el cielo brillaban espesos e interminables conjuntos de estrellas. Yo hacía esfuerzos por no mirar arriba, por no ver aquella ajena fiesta estelar, pero había demasiadas estrellas y resplandecían muy vivamente. Levanté los ojos. Y como si volviera a aquel lejano instante en el que comprendí que mi casa estaba vacía, se me hizo un nudo en la garganta y sentí que la locura rozaba mi cerebro. Entonces soporté la prueba. Esta vez también.

Resistí, si, pero no tenía nada con qué responder a este reto

Y, de pronto, comprendí que aquello no era un reto. Y tampoco malignidad.

Los gigantescos cúmulos de las galaxias fríamente esplendorosas, los incontables trillones de años de luz de materia muerta, orgullosa y extraña, permanecían en una soledad tan dolorosa como la de los propios hombres. Me miraba un mundo infinitamente poderoso, que también, de la manera que podía, intentaba abrirse paso hacia nosotros, pero tampoco podía lograrlo. Pedía y esperaba ayuda, pero nosotros éramos aún demasiado torpes para prestársela. Ese mundo sabía esto. Y esperaba. Yo no le podía decir para animarle nada más que palabras insignificantes y débiles, aunque, eso sí, verdaderamente fieles.

Actuaremos con un poquito más de inteligencia...

De repente sentí una fascinante ligereza. Me senté y pedí más café porque debía trabajar y sólo tenía una noche por delante. Sería necesario que comprobase con exactitud sus cálculos y los míos y dilucidar todas las diferencias que hubiera entre ellos para que a nadie le quedase duda alguna. Además, aunque sólo fuera calculado aproximadamente, determinar en qué medida aumentaban las probabilidades de biolización espontánea en las galaxias en las circunstancias de la máxima actividad posible de los núcleos, que hasta entonces sólo era idealmente abstracta. Debía proceder así a fin de poder mostrar el Soviet y a la humanidad algo más que arrepentimiento y justificaciones. Debería apresurarme. Tenía bastante labor hasta la mañana siguiente, pero si no me diese tiempo a terminarla, o confundiera o equivocase algo, aplazaría el vuelo y volvería a empezar todo.

FIN